

el que claudicaba y amigo del desvalido, que con afán investigaba el remedio de sus sufrimientos.»

La naturaleza, por mas vigorosa que fuera debia ceder y cedió al fin á tantas fatigas, pero luchando heroicamente. A pesar de una enfermedad terrible viósele, no digo en sus últimos dias, sino pocas horas antes de fallecer, acudir solícito al llamado del pobre, y arrastrándose casi en brazos de sus hijos dar cumplimiento á los deberes sociales y á los de su religion.

¡Con cuánta razon podria haber dicho poco antes de morir como el valeroso espartano Leonidas: «Voy á morir, sí, pero es en sacrificio de mis deberes de ciudadano!»

Estos son, señores, los títulos con que uno de los miembros de la Sociedad por quien tomo la palabra se ha hecho con exceso acreedor á los honores fúnebres que todos á porfia venimos á tributarle. El numeroso é ilustrado concurso que rodea su túmulo y que consternado viene á darle el último adios es otro testimonio flagrante de la justicia con que venimos á honrar su memoria; testimonio mas competente y respetable por cierto que el reducido tribunal de cuarenta jueces del antiguo Egipto, en el que acordaban ó no, segun sus méritos, los funerales á los reyes y magistrados.

¡Qué material mas copioso y digno de la corona fúnebre con que debemos ornar las sienes de nuestro eminente conciudadano! Entretejida con el laurel de sus espléndidos triunfos científicos; esmaltada con los brillantes episodios de su vida doméstica y exhalando el aroma fragante de todas las demas virtudes de su alma, formará un conjunto grato á su memoria que vivirá inmarcescible como la página de su gloriosa historia escrita para la posteridad.

México, 9 de Setiembre de 1872.—GIL SERVIN.

ODA.

Ante el cadáver del Dr. D. José Maria Barceló y Villagran.

Si la vida es un cielo, y si la muerte
Es la noche mas negra de ese cielo,
Cuando el hombre al nacer deja encendida
La luz inmaculada de sus huellas,
Cuando igual á la tarde
Sucumbe coronándose de estrellas,
Y haciendo en su caída
De un astro nuevo aparecer la cuna,
Entonces esa sombra maldecida
Que se alza del abismo de la nada,
Si es la noche en el cielo de la vida,
En el cielo del triunfo es la alborada.

La tumba se convierte
En el primer peldaño de esa escala
Que los Jacob del génio sueñan tanto;
La lira de la muerte
En lugar de un gemido ensaya un canto;
Y la cripta mortuoria
Se cambia ante la losa que la cierra,
En la última jornada de la tierra
Y en la primer jornada de la gloria.

Allí es donde comienza ese paisaje
Con que á su fé y á sus destinos fieles
Deliran en su afán los soñadores;
Donde está la partida de ese viaje
Que tiene por bellissimo miraje
Todo un mundo de palmas y de flores.....
Allí es donde el Colón-inteligencia,
Divisando en la playa de su anhelo
La santa realidad de su creencia,
Se alza en todo el vigor de su conciencia
Gritando al verla y al tocarla..... ¡cielo!

La muerte no es la nada
Sino para la chispa transitoria
Cuya luz ignorada
Pasa sin alcanzar una mirada
De la pupila angusta de la historia:
Pero la flor que muere y que se inclina
Falta de aliento y de vigor al suelo,
Sigue viviendo aun en el mismo ocaso
Que de sus ricas galas la despoja,
Cuando al rodar del vaso la última hoja
Queda la esencia perfumando el vaso.

Tú sucumbiste así; y aunque el abismo
Le robe al mundo con tu cuerpo á un hombre,
Tú para el mundo seguirás el mismo
Mientras viva el perfume de tu nombre.

Por eso el sentimiento
Que en torno á este ataud nos ha reunido,
No es el dolor hipócrita que al viento
Lanza la inútil queja de un gemido:
No es el pesar que apaga su lamento
En el silencio ingrato del olvido,
Sino el placer que brota y se levanta
Sobre la eterna marca de tus huellas,
Y que del himno que escribiste en ellas
Hace el himno inmortal con que te canta.

Venimos á ceñir sobre tu frente
La corona de luz que tú querías;
A recoger para la fé naciente
La llama que en tu espíritu escondías.....
Y al mundo triste y de dolor cubierto
Que aguarda que la tumba te devore
Venimos á decirle que no llore,
Venimos á decirle que no has muerto.....

Que hoy es cuando tú naces
A la luz de la gloria y de la vida,
Y hoy cuando te despiertas y cuando haces
Tu entrada por la tierra prometida.
Que en vez de ser testigos
Del crepúsculo débil que se apaga,
Los que hoy venimos á entregar un hombre
Al antro de las sombras eternas,
Venimos á encender en su desierto
El sol que se alza de ese libro abierto
Donde quedan tus hechos inmortales.

México, 9 de Setiembre de 1872.—MANUEL ACUÑA.

**Discurso pronunciado por el Sr. D. Marino Zúñiga en representacion de los
profesores encargados del hospital de San Pablo.**

SEÑORES:—Sin merecerlo he sido comisionado por mis compañeros los médicos del hospital Juarez (1) para decir el último adios ante la tumba donde yace inerte el cadáver de uno de sus mas ilustres directores, D. José Barceló y Villagran.

Querido maestro! mi voz es débil para expresar los sentimientos de mi alma y el acerbo dolor que la atormenta; mi elocuencia ninguna, para narrar tus glorias; mi inteligencia poca aun para comprender tus virtudes. Por mas de veinte años en que prestaste tus interesantes conocimientos en el establecimiento que me honro de representar con un objeto bien triste, se ha contemplado tu ciencia; allí se han visto los profundos estudios sobre anatomía que dirigian tus manos siempre breves y seguras; allí, tu semblante tranquilo é inalterable ante el peligro de la vida del paciente que manifestaba tu aguerrimiento en la práctica quirúrgica; allí han aprendido todos de tí; allí has adquirido gloria merecida; allí se te ha dado el justo renombre de eminente cirujano. Yo, el último de tus discípulos, el mas humilde de tus compañeros, ante tu tumba debo pagar tributo á tu saber, porque el sin número de veces que tuve la satisfaccion de acompañarte en difíciles y riesgosas operaciones siempre dirigiste mi inesperta mano con hábiles consejos: yo sé poco, pero te lo debo á tí, ilustre amigo.

(1) San Pablo.